

grandes genios de la antigüedad habrían perecido en el olvido si no hubieran venido al mundo un San Martín y un San Benito (1).

Con solo tener presentes estas observaciones, sabemos ya, sin que los crónicas nos lo refieran, cómo vivieron los preladados de Hispalis, de Astigis, de Asido, de Itálica; cómo se conducían con aquellos dominadores que apenas se atrevían á ensayar una nueva forma de sociedad civil, tanto el metropolitano como sus sufragáneos; quién regia, administraba y civilizaba aquella porción de la Bética en el largo interregno de casi una centuria que precede á la definitiva instalacion de los visigodos en Sevilla. Más aún: con solas estas naciones, de carácter tan universal, sabemos y discernimos el espíritu y la marcha de la civilización que crea la Iglesia desde que empieza á coexistir con el Estado gótico hasta la ruina de este mismo Estado. Porque toda la historia de España en los tres siglos desde la irrupción de los Bárbaros hasta el gran desastre de Guadalete se compendia y resume en la de sus Iglesias y Concilios, y los hechos memorables de los reyes, sus guerras, sus triunfos y reveses, sus costumbres, sus virtudes y sus crímenes, son meros rasgos biográficos, son meros accidentes que si alguna tinta reflejan en la historia de la sociedad española de aquellos dias, no hace mas que poner de relieve la dicha que lograron los monarcas dóciles á los consejos y doctrina de la Iglesia, y los desastres que sobre su nacion atrajeron los príncipes rebeldes á las amonestaciones del único cuerpo entonces adornado de ciencia y de virtud. En esta verdad histórica, que hoy ningun escritor de buena fé se atrevería á poner en duda, está todo el secreto del rápido crecimiento de la monarquía de los Francos, que, teniendo en Clodoveo un rey bárbaro comparado con el ostrogodo Teodorico y con los visigodos arrianos de su tiempo, alcanzó sin embargo la envidiable suerte de rivalizar al cabo de dos siglos escasos con la gran monarquía de los Recaredos y Chindasvintos. Es memorable por la lección que de ella se desprende la enérgica respuesta que el episcopado de las Galias dió al rey de los Burgundios, Gunthbaldo, al exponerle este sus quejas porque no se declaraba enemigo del rey Franco, cuya prosperidad veía con recelo.—Si verdaderamente profesais la religion cristiana, decia á los obispos reunidos en asamblea el bárbaro arriano, ¿por qué no refrenais la prepotencia del

(1) HIST. DU MONDE. 2.^{me} partie — troisième période.

rey de los Francos? No contento con haberme declarado la guerra, celebra alianzas con mis enemigos y medita mi ruina: su ánimo codicioso y sanguinario no es un buen anuncio para creer en la sinceridad de su conversión: la única prueba de la ingenuidad de su fé debiera ser la equidad de su conducta.—Por nuestra parte, le contestó en nombre de todos los obispos S. Avito, prelado de Viena, ignoramos los motivos y las intenciones del rey de los Francos; pero si sabemos lo que las Escrituras nos enseñan, esto es, que los reinos que abandonan la luz divina no pueden menos de perecer en breve, y que los que se declaran enemigos de Dios, suscitan contra sí mismos enemistades en todas partes. Vuelve con tus pueblos á la verdadera fé, que has abandonado, y en premio obtendrás la paz y la tranquilidad que has perdido.

La respuesta de S. Avito explica tambien la decadencia de la monarquía visigoda mientras no abandonó la tortuosa senda de la heregía. Hemos visto al belicoso Theudis derrotado en Africa por el ejército de los Imperiales: nada tiene esto de sorprendente, ¿cómo habia de prevalecer la pujanza del godo arriano contra la superioridad de la espada griega manejada por los generales del gran Justiniano? ¿No hubiera sido una inesplicable contradicción en la lógica de la Providencia, que mientras se consumaba una de las mas portentosas restauraciones que vieron los hombres; cuando el genio griego católico reconquistaba todas las provincias que el Capitolio habia perdido, y en tanto que el Imperio reconciliado con la verdad vengaba en Africa y en Italia el vilipendio sufrido en Roma por los excesos de los invasores, se humillara ante la deforme arrogancia de la barbarie en una de las tierras bendecidas del occidente la esplendorosa magestad de Constantinopla, de los Belisarios y de los Tribonianos? Avancemos otro paso y veremos marcarse más todavia la depresion del estado visigodo en parangon con la grandeza bizantina. Theudiselo, que se habia distinguido en la guerra contra los Francos, como queda apuntado, es elegido rey á la muerte de Theudis. El vulgo, para significar con su acostumbrada energía su tenacidad en el error, inventó acerca de él una fábula, que la tradición ha perpetuado y que de buena fé han acogido muy respetables cronistas é historiadores (1). Cuentan que habia cerca de Osset (hoy campo de *Chaboya*, hácia San Juan de Alfarache) una piscina ó alber-

(1) Greg. Turonense, S. Ildefonso, el ven. Beda, Ambr. de Morales y otros varios.

ca pequeña, de aguas milagrosas, donde los cristianos habían labrado un hermoso bautisterio. Conferíase el bautismo en las épocas de Pascua y Pentecostés segun los antiguos cánones tenían establecido. El Jueves Santo juntábase allí todo el pueblo y gente comarcana con el obispo: difundíase de repente una suavísima fragancia celestial: hacían todos oracion, y al salirse el obispo cerraba con gran diligencia las puertas y sellaba las cerraduras. Al tercer dia, Sábado Santo, juntábase otra vez el pueblo para bautizar todos los niños nacidos aquel año. La pila ó piscina en que esto se verificaba carecia de aguas naturales: no habia manantial alguno ni caño subterráneo que allí las condujese: el terreno era enteramente seco, y estando por otra parte cerradas y selladas las puertas, nadie podia furtivamente introducir las. El obispo reconocia los sellos que habia puesto, y con la seguridad de hallarlos intactos abria las puertas. Llegando á la piscina, que habian dejado vacía, la hallaban llena de agua, y tan colmada, que se derramaba esta por todas partes con grande abundancia. Bendecia el obispo la fuente milagrosa mezclando en ella el santo óleo, y bautizados los niños se permitia á los demás fieles llevarse á sus casas de aquella agua para reliquia. Acabada la administracion del Sacramento, «las aguas que tenían invisible principio se volvian á ocultar con fin menos entendido (1).» Theudiselo, á fuer de arriano, no creia en el milagro; atribuía el supuesto prodigio á ficcion y engaño de los católicos; resolvió hacer por sí mismo la experiencia, y mandó, venida la Semana Santa, poner en las fuentes del bautisterio de Osset sus propios sellos. El milagro sucedió de la misma manera que solia. Al año siguiente se repitió el experimento, y con el mismo resultado portentoso. Ya al tercer año, quiso el rey en su obstinada infidelidad, que se abriese al rededor del bautisterio un foso muy hondo para atajar cualesquiera manantiales por donde pudiera correr el agua á la piscina. El foso llegaba ya á la profundidad de veinticinco pies, sin que se encontrase ningun manadero, cuando los magnates asesinaron al rey en un banquete que se celebraba en su misma corte de Sevilla. Le quitaron la vida los mismos godos por no poder sufrir las demasias de su desenfrenado libertinage (año 549). Así consignó el pueblo en una misma leyenda los formidables juicios de Dios sobre este príncipe por su incontinencia y

(1) Ambr: de Morales. CRON. GENERAL. lib. XI. cap. 54.

su perfidia arriana, haciéndole pagar en una desastrada muerte los dos feos borrones que oscurecían todas sus dotes y calidades de rey.

A Theudiselo sucede en el reino Agila, por elección sin duda, como ya entre los godos se usaba. También á este le pintan las abreviadas narraciones de Jornandes y de S. Isidoro como odioso á sus súbditos, y aunque no declaran la causa que brevemente le condujo á perecer bajo el puñal regicida, con facilidad se colige que entre el poderoso partido católico fué impopular y antipático, y que quizás los arrianos mismos se creyeron mejor gobernados por su sucesor Athanagildo. No fueron los católicos los que le asesinaron en Mérida: lo único que éstos hicieron en afrenta á su memoria fué consignar que movió guerra contra los fieles de Córdoba, que les profanó el amado templo de su santo mártir y patrono Acisclo, metiendo en él sus caballos, y que lanzado del trono á impulso de una rebelión en la Bética, subió á él en brazos de los amotinados y de las tropas auxiliares que envió Justiniano capitaneadas por el patricio Liberio, el valeroso Athanagildo (año 554), católico en lo secreto de su corazón (1). En tiempo de este príncipe queda militar y políticamente confirmada la superioridad del Imperio de Oriente respecto de la monarquía visigoda. No pudiendo Athanagildo con sus solas fuerzas contrastar el poder del legítimo rey, apela á un arbitrio harto frecuente por desgracia en las naciones entregadas á las luchas intestinas, que al par que satisface la ambición de los usurpadores, pone á merced de los extranjeros la patria común. Invoca el intruso en su auxilio la cooperación de un vecino poderoso: era este á la sazón el Emperador de Bizancio, cuyas armas acababan de recobrar todo el territorio que habían señoreado los Vándalos desde su emigración al Africa. «La ocasión de poder volver á meter los Romanos el pie en España era mucho de estimar, y para esto doblarían las fuerzas, dando de buena gana aún mas gente de la que se les pedía (2).» Por otra parte, el ejército imperial del Africa estaba ocioso despues de las cumplidas victorias de Belisario... Athanagildo por fin hace su concierto por escrito con el emperador Justiniano, muy á ventaja de este. No ha llegado á nosotros este pacto (3), pero dice Jor-

(1) Afirma esto último el obispo D. Lucas de Tuy.

(2) Ambr. de Morales, loc. cit.

(3) El rey Recaredo, despues de su conversión al catolicismo, escribió al papa S. Gregorio rogándole le enviase la escritura de concierto que se habia celebrado entre el emperador Justiniano y Athanagildo. S. Gregorio respondió á esta carta que no

mandes, que no daría el emperador este socorro sin buena recompensa de ciudades y tierras en lo mejor de España. Verificado el triste concierto, desembarcan con poderoso ejército los Imperiales en la Bética, desparrámanse por las dos costas del Mediterráneo y del Océano, establecen en ellas sus presidios, avanzan tierra adentro, y deja Athanagildo á sus sucesores el vergonzoso legado de un condominio que los obliga á tener que empuñar de continuo la espada para refrenar los instintos de dominacion de los que fueron costosos cooperadores y son ya huéspedes intolerables.

Escasísimas las noticias eclesiásticas de Sevilla referentes á los reinados que acabamos de bosquejar, cumple sin embargo á nuestro propósito consignarlas para manifestar que los godos arrianos mientras en ella tuvieron su corte, no causaron molestias ni vejaciones de ningun género á los fieles católicos. Aparecieron por los años de 1366, según refiere un diligente historiador de Sevilla (1), en el lugar donde se cree hubo un cementerio de cristianos, desde las cárceles de las Stas. Justa y Rufina (2) hasta la colacion de S. Bernardo, dos sepulcros, «en cada uno de los cuales habia una especie de redomita de vidrio blanco y colorado, cuyo licor se habia ya consumido por la mucha diuturnidad de los tiempos.» Halláronse abriendo unas hoyas para trasplantar unos naranjos. Las losas que cubrian estos sepulcros tenian esculpidos por su haz interior los monogramas de Cristo y María con las letras *Alfa* y *Omega*. Empezaron cabalmente á usarse estas durante las persecuciones de los arrianos, que negaban que el Verbo de Dios hubiese existido de toda eternidad como el Padre, para dar testimonio los católicos de no haberse contaminado con semejante error. Las inscripciones grabadas en estas lápidas decian así: la una, PAULA, CLARISSIMA FEMINA, FAMULA CHRISTI; VIXIT ANNOS XXIII MENSES DUOS. RECESSIT IN PACE, XVI KAL. FEBRUARIAS, ERA DLXXXII. La otra: CERVELLA CLARISSIMA FEMINA, FAMULA CHRISTI; VIXIT PLUS MINUS, ANN. XXXV. RECESSIT IN PACE, III KAL. FEBRUARIAS, ERA DC. Corresponde la primera sepultura al año 544, rei-

la podía enviar por haberse quemado en tiempo de aquel emperador el archivo donde estaba. Da también el Santo Padre otra razón para no enviar la referida escritura, y es, que cualquiera que atentamente la leyese, encontraría que era muy contraria al rey godo. Ambr. de Morales. Crón. general, lib. XII., cap. 4. Esto es cuanto se ha podido traslucir acerca de tan notable documento:

- (1) Morgado en su conocida *Hist. de Sevilla*.
- (2) Hoy ex-convento de la Trinidad.

nando Theudis; la segunda al reinado de Athanagildo, año 562. Pero la única circunstancia por la cual hacemos mencion de estos sepulcros es la de las ampollas ó lacrimatorios hallados en ellos. Ya dejamos dicho en el lugar oportuno (1) que continuaron los cristianos de los primeros siglos en la costumbre gentilica de ungir con esencias aromáticas los cadáveres de sus parientes y amigos queridos, y que muy á menudo dejaban dentro de las sepulturas los frascos que las contenian, que los cristianos modernos han denominado vulgarmente lacrimatorios, y en Italia *ampollas de sangre* (*ampolle di sangue*). Esta sencilla esplicacion bastará para que no se vea en las vasijas halladas dentro de los dos sepulcros referidos el falso indicio de una persecucion arriana que no existió, al menos por aquellos tiempos. Esas vasijas no contuvieron sangre, ni esas dos ilustres damas, de quienes las citadas lápidas conservan la memoria, fueron mártires. Ambas debieron pertenecer á muy distinguidas y acomodadas familias hispano-romanas, de las infinitas que se perpetuaron en las principales ciudades de Andalucía, y la existencia de esas ampollas de perfumes no es sino una prueba más de lo mucho que se habian arraigado en la tierra del Betis las prácticas de la gentilidad. La lápida del sepulcro de CERVILLA ofrece otra particularidad de carácter tambien muy latino: despues de las palabras *recessit in pace* lleva esculpido un corazon atravesado por una saeta. Sin duda el marido de aquella ilustre española, ó el que mandó labrar su losa, quiso con este emblema denotar el dolor que le habia causado su muerte. El *corazon traspasado* es una cifra muy comun en los epitafios de las Catacumbas de Roma. En los de España es menos frecuente: en cambio, apenas hay inscripcion funeraria de estos siglos V, VI y VII, en que no se advierta la otra santa cifra de *Jesucristo, principio y fin*, indicada con la Cruz, el Alfa y la Omega (2).

¿Qué parte de la Bética ocuparon los romanos del Imperio de Oriente desde el reinado de Athanagildo hasta el mas glorioso de Suintila? No lo expresan con claridad, ni quizás lo supieron, los escritores que nos sirven de guias para la historia de aquellos oscuros tiempos. San Isidoro y Gregorio Turonense dán á entender que Athanagildo solo ce-

(1) Pág. 492 y su nota 2.

(2) Amb. de Morales cita otra lápida del tiempo de Athanagildo con el sagrado monograma: pertenece á la sepultura de un siervo de Dios llamado Cullino, descubierta en Alcolea, á siete ú ocho leguas de Sevilla.

dió á los Imperiales cierta extension del territorio de la costa, pero que estos, una vez apoderados de ella, se dilataron á mucho mas de lo que el pacto les aseguraba. Debió favorecerles en sus miras invasoras la antipatia que aun conservaban hácia los Godos muchas de las principales ciudades de aquella tierra, y quizás al favor de este sentimiento de hostilidad para con los actuales Señores de España, lograria el Patricio Liberio (1) hacerse dueño de toda la costa desde Gibraltar hasta los confines de la tierra de Valencia. Con algunas poblaciones de la marina emplearia el gobernador imperial la fuerza, con otras le bastaria usar de la intimidacion; con otras finalmente no tendria que valerse de lo uno ni de lo otro, porque voluntariamente se le entregarían. Acostumbradas de tantos siglos atrás á vivir bajo el yugo extranjero, y no pudiendo, á fuer de romanizadas, considerar sino como muy extraños á los Godos, aun no bien afirmados en época harto reciente; viendo por otra parte en los enviados de Justiniano hombres que fraternizaban con ellos en costumbres, en religion y en odio á los que todavía apellidaban Bárbaros, nada de extraño tiene que acudieran espontáneamente á echarse en brazos del Imperio de Oriente, que veían restaurarse con nuevo brillo, y del cual podían prometerse un gobierno menos ocasionado á azares y turbulencias. Otra circunstancia favoreció tambien á los Imperiales para dilatarse en la provincia donde habian sido recibidos como meros auxiliares. El patricio Liberio no habia necesitado dejar guarnicion alguna en las ciudades marítimas que en un principio ocupó, cuando Athanagildo reclamó su auxilio para libertar á Sevilla del asedio que intentaba ponerle Agila. De este modo todas sus fuerzas habian quedado disponibles para las campañas, y es muy de creer que no permanecerían ociosas en los presidios, en que tan devotos les eran los habitantes, al llegar la excelente coyuntura de quedar como desamparado el timon del Estado gótico con la muerte de Athanagildo (año 567). Los optimates de la corte no acertaban á ponerse de acuerdo acerca de la persona que le habia de suceder. Duró este interregno cinco meses (2), y aprovechando tan buena ocasion los Imperiales, adelantaron sus conquistas subiendo por el Betis hasta cerca de los montes

(1) Este nombre de *Patricio* no significaba ya ahora lo que entre los romanos de la república y del imperio: era título de cargo y dignidad, que llevaba en España el que gobernaba la tierra sometida al emperador de Constantinopla, como en Italia el de *Exarca*.

(2) Segun Lucas Tudense.

Marianos. Ocuparon á Asido y á Córdoba: los Cordobeses habian procurado siempre vivir emancipados respecto de la monarquía goda. La antigua colonia patricia, la mas romana quizá entre todas las ciudades de la Bética, se gobernaba por sí misma y habia vuelto desde su victoria sobre Agila á tomar el movimiento y compas de sus antiguos usos municipales del tiempo del Imperio. Sentábale en efecto mucho mejor la toga romana que cualquier otro arreo, y se apresuró gustosa á hacer girones la pelliza bárbara con que la habian agoviado los Vándalos y los Suevos.

Pero concertados por fin los próceres godos ante el temor del levantamiento general de la provincia, eligen por rey á Liuwa: este, por no abandonar á Narbona y la Septimania, donde hacian necesaria su permanencia los conatos avasalladores de los feroces descendientes (1) de Clodoveo, se asocia al reino á su hermano Leovigildo, príncipe animoso y de altos pensamientos, en quien verdaderamente empieza á

(1) Esta dura calificación se halla superabundantemente justificada por los mismos historiadores franceses de mas nota al referir la trágica aventura del casamiento de las hijas de Athanagildo con los dos reyes francos Sigiberto y Chilperico. Al fin de su tomo I de *relaciones merovingias* cuenta M. Aug. Thierry con su admirable estilo la historia sacada de Greg. de Tours sobre la muerte de la princesa Galswinda, y seguramente el nombre de su esposo no sale bien librado de la pluma del elocuente escritor. M. Romey es igualmente esplicito. «Athanagildo, dice, tenia de su mujer Goswinda dos hijas de singular hermosura: Brunechilde, la menor, fué solicitada en casamiento por Sigiberto, rey de Austrasia, ó mas bien de Metz, y nieto de Clodoveo. Pasó á España Gogon, primer ministro del rey franco, á la cabeza de un magnífico cortejo, para hacer la petición oficial y solemne, y obtuvo la mano de la jóven princesa, que al punto condujo á la corte de su esposo. Brunechilde se hizo católica en cuanto llegó á Metz. Las fiestas que se hicieron con motivo de las bodas fueron celebradas por un poeta romano paniaguado en la corte del rey franco. Habla este juglar en su poema de la extremada belleza de Brunechilde, comparándola con la diosa Venus. El nombre de la princesa visigoda es célebre en la historia del pueblo franco. Al año siguiente, Chilperico, rey de Soissons, pidió á Athanagildo la mano de su hija mayor Galswinda. No ignoraba el monarca goda los excesos y libertinage de Chilperico: los nombres de Andowera y de Fredegunda circulaban con escándalo en todas partes. El que acababa de dar últimamente casándose con la segunda, tenia llena de recelos á la familia de Athanagildo, el cual no otorgó la mano de su hija sino con gran repugnancia, y despues de poner por condicion que los hermanos de Chilperico saliesen fiadores de las promesas del rey de Soissons. Resuelto el viaje de Galswinda, su separacion fué en extremo dolorosa y como présaga de los infortunios que la esperaban: su madre en particular no acertaba á separarse de su lado. Cuéntase que cuando todo estuvo ya dispuesto para el viaje, Goswinda quiso acompañar por algun trecho á su hija: subió con ella en el carro destinado al efecto, pero cuando llegó al parage donde habia de dejarla, no pudo resolverse á ello, y así de trecho en trecho la fué siguiendo hasta los desfiladeros de las montañas. Allí los próceres godos que la escoltaban determinaron amonestarla á que desistiese de su amorosa pertinacia, y tuvo al fin lugar la dolorosa separacion. Regresó con ellos la reina á la corte, y la hija cruzó los Pirineos. Los presentimientos de la madre no salieron vanos: el fiero Chilperico, por agrandar á Fredegunda, hizo ahogar de allí á poco á su jóven esposa.» Tomo 2.º, cap. XIV.

vislumbrarse la época mas gloriosa de la monarquía visigoda. Leovigildo, no bien sube al trono, levanta un formidable ejército y cae sobre los Imperiales: pone cerco á Asido: opónenle los sitiados una resistencia vigorosa; pero uno de aquellos naturales tornadizos, llamado Framidanco, se la entrega traidoramente abriéndole de noche las puertas. Revuelve luego sobre Córdoba, que se le resiste con no menor energía; pero las mismas causas producen siempre los mismos efectos — los Cordobeses tambien se habian envilecido á fuerza de llevar el yugo extranjero — hubo entre ellos otro hombre ó meticoloso ó venal, y la antigua reina del Betis fué por él entregada al sitiador. A estas conquistas siguieron las de otras poblaciones y comarcas en la misma Bética y en otras regiones de España. Los naturales de la cordillera del Orospeña habian resistido siempre la dominacion visigoda; pero esta vez no les valió su espíritu de independenciam ni la áspera fragosidad de sus montañas, y tuvieron que doblar la cerviz al yugo de Leovigildo. En este reinado termina verdaderamente la ocupacion de la Bética por los Imperiales. La decadencia de Bizancio y el rápido crecimiento del poderío visigodo concurren de consuno á hacer precaria bajo los reinados sucesivos su permanencia en otras provincias mediterráneas. Conviene sin embargo no perder de vista para cuando hayamos de delinear la fisonomía del arte de los Godos en España, que la influencia bizantina, iniciada desde antes de la irrupcion de los Bárbaros, se perpetuó despues mucho tiempo, aun consumada ya la expulsion de las colonias imperiales, mediante el comercio de ideas de nuestra Iglesia con la de Oriente, no menos que por el trato y correspondencia de nuestros Flavios con los emperadores de Constantinopla, á quienes frecuentemente tomaron por modelo.

¿Dónde residia la corte visigoda mientras acaecian los hechos que tan rápidamente acabamos de bosquejar? Fredegario y Gregorio Turonense al escribir las melancólicas páginas de la sangrienta historia de Galswinda y Chilperico, afirman que la corte de Athanagildo fué la ciudad de Toledo. Se equivocaron sin duda alguna: Athanagildo debió tener su corte donde la habian tenido sus antecesores, pues en Sevilla fué, y no en otra parte, donde se declaró por rey y émulo de su predecesor Agila, segun se infiere de S. Isidoro (1), que, despues de la fuga

(1) *Ipse victus (habla de Agila) ac miserabili metu fugatus Emeritam se recepit.*

de este á Mérida, dice envió ejército contra Athanagildo á Hispalis. En Toledo solo fué su muerte. Liuwa, ya queda dicho, se quedó en Narbona. La duda principal ocurre respecto de su hermano Leovigildo, pues no se sabe si al hacer partícipes de su reino á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo residia en Toledo, donde habia muerto Athanagildo, ó si perseveraba en la ciudad del Guadalquivir. Pudo muy bien al asociarse al trono los dos hijos (año 577) hacer rey de la Bética á Hermenegildo, que era el primogénito, pasar él entonces su asiento y residencia á Toledo, y establecer á Recaredo en la nueva ciudad de Recópolis (1). Pudo por el contrario ser Hermenegildo el que se trasladase de Toledo á Sevilla: y ambas interpretaciones se compaginan con el único dato incontrovertible que acerca del origen de la rebelion del hijo contra el padre tenemos, á saber, que cuando el Santo se casó vivia con su padre y con su madrastra; de lo contrario, no hubieran podido mediar entre esta y la esposa de Hermenegildo aquellos malos tratamientos de que resultó la division y encono entre las dos cortes. En lo que no hay duda es en haber sido Sevilla la corte de Hermenegildo, pues en ella se hallaban, y no en Toledo, el metropolitano San Leandro, que fué quien acabó de decidirle á abjurar el arrianismo.

Hemos llegado á la época mas interesante de la monarquía goda, que es tambien la mas calamitosa por la persecucion que sufre la verdadera fé y la mas gloriosa para la Iglesia hispalense por la calidad de los Santos que produjo.

Avanzaba la España á pasos de gigante hácia su unidad política. Los bizantinos, acorralados en las playas del mar, estaban ya amenazados de esterminio: la rebelde Córdoba, la fuerte Asidona y la raza independiente del Orospeña, vivian sumisas y tranquilas; las reliquias de los Suevos esparcidas por Lusitania y Galicia no daban indicios de querer turbar la paz del Estado civil visigodo; finalmente, los antes indomables Vascones no oponian ya resistencia á que del mar Cantábrico al Estrecho apareciese en la vasta monarquía de Leovigildo la espléndida muestra del genio bárbaro sujetando en un solo cuerpo muchas cabezas dominadas por una diadema, como sujetaba el lazo romano las

Adversus quem interjecto aliquanti temporis spatio, Athanagildus tyrannidem regnandi cupiditate arripiens, dum exercitum ejus contra se Hispalim missum virtute militari prostrasset, etc. Sub æra DXXCVII.

(1) V. á Amb. de Morales, obra citada, lib. XI., cap. 63.